

Las Manos de mi Padre

Fanning Yater Tant

(1908-1988)



No me refiero a Dios nuestro Padre Celestial. Estoy pensando en mi propio padre natural, Jefferson Davis Tant. Es el 4 de Junio de 1941. Estamos reunidos en el viejo auditorio de la Iglesia de Cristo sector Central, en Cleburne, Texas. El cuerpo de mi padre yace en el ataúd frente a nosotros. W. K. Rose acaba de terminar un sencillo y conmovedor homenaje a quien ya no caminará entre nosotros.

El ataúd se abre y los amigos y familiares pasan lentamente, contemplando por última vez los restos mortales del soldado caído. Finalmente,

la familia se queda sola durante unos tristes momentos de despedida.

¿Y cuál es la imagen más vívida que me viene al recordar esa hora conmovedora? Por alguna extraña razón mi mirada se centró en las manos de mi padre — fuertes, callosas y gastadas por ochenta años de esfuerzo y trabajo. A lo largo de la mitad de mi vida esa imagen no se ha borrado de mi mente. Recuerdo cómo los pulgares se curvaron hacia atrás y que la piel de las manos era clara y sin manchas, al contrario de lo que suele verse en las manos de los ancianos, y algo

especialmente improbable en vista de su herencia Irlandesa.

Esas eran las manos que habían sostenido con fuerza las riendas mientras domaba las furiosas contorsiones de muchos caballos salvajes; esas eran las manos trabajadoras que habían recogido bayas silvestres en las colinas de Georgia después de que los ejércitos de Sherman hubieran quemado hasta los cimientos de todas las edificaciones que había en la granja; y había destruido todo vestigio de comida que pudieron encontrar. Esas fueron las manos que habían bautizado a muchos miles de personas en el cuerpo de Cristo, habían escrito aún miles de cartas (con mucha frecuencia frustrantes e ininteligibles para los destinatarios debido a su increíble ilegibilidad).

Mi padre era un hombre fuerte, tanto física como mentalmente. Sus manos revelaron esa fuerza. Estaban desgastados y maltratadas por el trabajo honesto. Conocían la sensación del mango de un hacha, la calidez de un hierro para marcar y el suave y duro temblor de una caña de pescar de bambú cuando un bage de cuatro libras tira del otro extremo de la línea. Éstas eran las manos que se habían aferrado con tanta desesperación a la esposa de su juventud cuando ella se deslizaba rápidamente hacia la muerte

después de cuatro cortos años de matrimonio.

Estas eran las manos que sirvieron tanto de como partera como de médico en el nacimiento de mi hermano mayor “porque éramos demasiado pobres para pagar los 20 dólares que habría cobrado un médico”, como me dijo mi madre muchos años después.

Eran las manos que habían dado fuerza y valor a muchos corazones tristes y cansados cuyo dueño habían sentido su apretón mientras luchaba contra algún dolor o tragedia feroz. Eran manos de amistad, compasión y simpatía. También eran manos que no habían dudado en “aplicar la vara” (¡y cómo la aplicó!) a sus propios hijos mientras atravesaban los años formativos de la infancia. Eran las manos de la autoridad — pero también de la seguridad. La fuerza estaba ahí y lo sabíamos.

Han pasado más de treinta años desde que estuve junto al féretro de mi padre, mirando fijamente sus manos. Es tan vívido el recuerdo como si hubiera sucedido ayer.

De alguna manera, las manos de mi padre, tan quietas sobre la cálida tela gris de su traje funerario (un regalo, dicho sea de paso, de John W. Akin)

parecían simbolizar su vida, una vida de actividad fantástica, que había conocido dificultades y angustias; pero que había sido rico en amor y amistad, y en servicio a su Maestro. Eran las manos de un hombre que había vivido su vida en lugar de limitarse a marcar el tiempo durante el tiempo que le había sido asignado.

Mientras contemplaba las manos de mi padre aquel día de Junio de hace muchos años, sentí lo apropiado de la breve cita que él mismo había elegido como inscripción para grabar en la lápida que llevaría en la cabeza: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Timoteo 4:7).

— Escrito en la década de 1970
por Fanning Yater Tant,
(hijo de J. D. Tant)

— Fuente:

<https://www.facebook.com/groups/friendsoftherestoration>

Compartido en el grupo arriba mencionado por David Tant (nieto de J. D. Tant).

Querido lector, ¿Podrían decirse estas últimas palabras de usted cuando llegue el fin?